

En compensacion de las pérdidas que el Portugal no cesaba de experimentar en Oriente y en el Africa, la nueva conquista del Brasil proporcionó un precioso alimento á la actividad portuguesa, y dió al mismo tiempo un destello de gloria al reinado de D. Juan IV. ¿Pero debemos atribuir esta gloria al monarca? ¿Qué hubiera sucedido si Vieira no se hubiese obstinado en su patriótica desobediencia?

#### Gobierno interior de Juan IV.

El rey D. Juan pensaba solo en gobernar paternalmente su reino, en asegurarse aliados, y en desarmar al papa, teniendo al efecto peligrosas condescendencias con los jesuitas. Así pues, el Portugal, que la libertad parecia deber regenerar, en vez de recobrar su antiguo esplendor, caminaba mas y mas hácia su decadencia. El gran papel que habia hecho en el mundo habia del todo concluido, y desde el dia en que le faltó el Océano, pasó al rango de estado secundario.

Juan IV demostró una sola vez una laudable energía contra la Inglaterra, que aspiraba ya á ejercer sobre la casa de Braganza un verdadero protectorado. La escuadra de Carlos II mandada por los príncipes palatinos Roberto y Mauricio, acababa de buscar un asilo en el puerto de Lisboa, cuando se presentó la escuadra parlamentaria del almirante Blake. Este intimó al rey, en nombre de Cromwell y de la Inglaterra, que expulsase á los fugitivos, amenazando con incendiar cuantos buques se hallaban anclados en el puerto, si no accedia á ello. D. Juan contestó dando órden para que sus naves se hiciesen á la vela, y desarmó á Blake con este rasgo de entereza (1650). Es verdad que al ser Cromwell rey bajo el nombre de protector, supo vengar esta afrenta: un marinero inglés habia sido insultado en las calles de Lisboa, y Cromwell exigió una pública reparacion, siendo preciso á Portugal humillarse ante la voluntad de aquel soberano.

Por el segundo, se convino que los holandeses conservarían todas sus conquistas en el Oriente, escepto, Cananor y Cochin, que la corte de Lisboa recobraría; tan luego como hubiese verificado el pago de los tres millones de florines prometidos, pagando además el rey de Portugal el valor de un millon en sal.

#### CAPÍTULO XVIII.

### Reinado infeliz de D. Alfonso VI (1656-1683.)

Menor edad de Alfonso VI; Doña Luisa regente; triunfos; paz de los Pirineos (1658)—Abandonada Doña Luisa por Mazarino se une con la Inglaterra (1660); á qué precio? paz con la Holanda.—Mala educacion de Alfonso VI.—Castelmelhor causa la caida de la regente (1662).—Gobierno de Castelmelhor; habilidad del favorito; paz con Castilla.—Caida de Castelmelhor; D. Pedro y la Reina conspiran contra él.—Caida de Alfonso VI; desprecio general de que es objeto; D. Pedro regente y luego rey.

Menor edad de Alfonso VI; Doña Luisa regente; triunfos; paz de los Pirineos (1659).

Al morir D. Juan VI en 1656, eran las circunstancias muy graves: dejaba por heredero de la corona á un niño de trece años cuya inteligencia, naturalmente débil, lo era mas aun á causa de las crueles enfermedades que le habian afligido, de modo que algunos diputados de las Cortes habian propuesto desde 1652 el alejarle del trono, para colocar en él á D. Pedro, su joven hermano. Su dictámen, sin embargo, no habia prevalecido, y el Portugal fué condenado á tener por rey al imbécil Alfonso VI.

Verdad es que recibió por tutora y regente á una muger muy digna de su rango, á Doña Luisa de Guzman, su madre, y los portugueses, que apreciaban su energía y su patriotismo no dudaban de que ejercería siempre sobre su hijo un soberano ascendiente.

Nada omitió la regente para justificar tan gloriosa estima, y le probó por el solícito cuidado con que atendía al ejército, á la hacienda, á la eleccion de generales, y sobre todo á la interminable lucha de Portugal con Castilla, porque la primera necesidad del país era el asegurar la obra de su independencia. La regente logró completamente su objeto, y los castellanos acababan de rechazar á los portugueses de los muros de Olivenza y de Badajoz, y pasando la frontera amenazaban apoderarse de Elvas, la llave del Montejo, y el baluarte de Lisboa, cuando doña Luisa envió contra ellos á Meneses y á Albuquerque, con diez mil hombres. Algunos dias despues D. Luis de Haro se dejaba vencer en su

campamento atrincherado, y libertada Elvas, los vencidos se apresuraban á volver á Extremadura. Ni la pérdida del valiente Albuquerque que encontró en esta campaña una muerte gloriosa y digna de su nombre, ni las débiles ventajas que las tropas españolas obtenían sin embargo en el norte de Portugal entre el Miño y el Duero, podían compensar tan terribles reveses.

Pero un peligro mucho mas temible amenazó el Portugal: si Juan IV y la regente habían podido mantener hasta entonces la independencia de su país, debíanlo principalmente á las poderosas diversiones de la Francia y de todos los pueblos coaligados con ella contra la casa de Austria; sin embargo, llegó el día en que despues de catorce años de una encarnizada lucha, D. Luis de Haro y Mazarino pensaron seriamente en entablar negociaciones, las que siguieron con grande actividad sus agentes Lyon y Pimentel.

La Regente no perdonó medio alguno para contrarestar los planes de Haro y Mazarino, y como temia sobre todo un enlace entre Luis XIV y María Teresa, se apresuró á enviar á Paris una solemne embajada, no solo para recordar á la Francia el interés que debía tener en sostener á Portugal, sino para ofrecer al rey la mano de su hija Catalina. Pero en vano! Luis XIV cuyo tálamo era ambicionado entonces por las dos hijas del duque de Orleans, por Catalina de Portugal, por Enriqueta de Inglaterra, por Margarita de Saboya, por María Mancini y por María Teresa, acabó por elegir por esposa á esta última princesa, la que además de eclipsar á todas sus rivales por el lustre de su nacimiento, traía á la Francia un dote magnífico, esto es, la esperanza de unir un día en una misma frente las coronas de Francisco I y de Carlos V.

No se crea que Mazarino fuese indiferente á la independencia de Portugal, ni que despreciase los consejos del mariscal de Turéna abogando sin cesar por la causa de aquel país; pero la Francia tenía otros intereses tan considerables como aquel, y hubiera sido imprudente sacrificar á él las brillantes condiciones á las cuales la corte de Madrid consentía en suscribir. El cardenal se contentó pues con acoger benignamente al embajador portugués, con manifestarle su pesar, y con recomendarles dos excelente generales, el alemán Schomberg y el irlandés Hehiguin, partiendo lue-

go para ir á extipular personalmente en los Pirineos las últimas cláusulas de la próxima paz.

Penoso es añadir que en su empeño de unir los dos reinos y las dos familias de España y Francia, Mazarino no se limitó á esto, y no contento con abandonar el Portugal, se convirtió en auxiliar oficial de sus antiguos dominadores. Tales eran en efecto las instrucciones del plenipotenciario francés, el marqués de Choup, el cual al llegar á Lisboa contestó á todas las proposiciones del gobierno portugués, con la proposición de reponerlo todo bajo el pié de 1640, con la sola condicion de que la casa de Braganza entraria desde luego en posesion de todos sus bienes, honores y prerogativas, y que los gefes de esta familia llevarian hereditariamente el título de gobernadores y vireyes de Portugal. Proposición odiosa que tendia nada menos que á subyugar de nuevo á la nacion portuguesa, á deshorrar la casa de Braganza, y á reconstituir la unidad de la Península española. Y sin embargo ¡cuántos esfuerzos habia hecho la Francia para armar el Portugal, cuando tenia necesidad de neutralizar el poder español suscitándole interiores enemigos!

La regente no vaciló en rechazar tan funestos como inesperados ofrecimientos, lo que no impidió á Mazarino el firmar la famosa paz de los Pirineos, uno de cuyos artículos (art. 60) extipulaba con respecto á Portugal, «que si Alfonso VI no accedia dentro de tres meses, á las proposiciones mencionadas, el rey cristianísimo se comprometia en su nombre y en el de sus sucesores á no dar al Portugal, entonces ni despues, ninguna ayuda ni auxilio, público ni secreto, directa ni indirectamente, de hombres, armas, municiones, víveres, buques ni dinero; como tambien á no permitir que se hiciesen levas en punto alguno de sus estados, ni conceder pasaje á aquellos que pudiesen venir de otros estados al socorro de dicho reino de Portugal.» Falta saber si Mazarino era sincero al hacer tales promesas, ó bien si sabiendo la decadencia de la monarquía española, se hallaba convencido de que no podría utilizarse de su complacencia.

Abandonada Doña Luisa por Mazarino, se une con la Inglaterra (1660); ¿á qué precio? Paz con la Holanda.

Al difundirse entre los portugueses esta terrible noticia, causó

un sentimiento de dolor universal; abandonados, vendidos por Mazarino ¿cómo podrian resistir todo el peso de la monarquía española? ¿Qué vá á ser de su libertad tan caramamente adquirida y tan trabajosamente defendida en medio de las luchas del Occidente?

En esta crítica situacion, Doña Luisa solo vió un medio para hacer frente á los peligros de la situacion, y este fué el compensar la pérdida de la alianza francesa con la adquisicion de una alianza del mismo valor, y puso su esperanza en la Inglaterra. Potencia marítima y comercial, ¿no era la Inglaterra la aliada natural de todos los enemigos de la España? ¿No habia contribuido en otro tiempo, aunque en menor escala que la Francia, á garantizar el renacimiento de la libertad portuguesa?

La Inglaterra tenia harto interés en debilitar á la España y en patrocinar el Portugal, para no merecer la confianza de Doña Luisa, y D. Francisco Mello suembajador, no tardó en obtener de Carlos II un tratado que autorizaba al gobierno portugués para reclutar en las islas Británicas diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, con la única condicion de que comprase en Inglaterra todas las armas y municiones necesarias. Gracias á esta concesion, la corte de Lisboa pudo vanagloriarse de arrostrar las consecuencias de la paz de los Pirineos y de conservar su libertad. ¿Pero á qué precio iba la Inglaterra á tasar su apoyo? En un principio se ignoró, y parecia que el gabinete de Lóndres solo habia obrado á impulsos de su generosidad, mas ya veremos los males que se siguieron del tratado de D. Francisco Mello, así para Portugal, como para la España, y aun para la misma Francia.

El naciente vasallage de Portugal, fué ya mas patente al siguiente año (1661), bajo el frívolo pretesto de unir á la familia de los Estuardos con la de Braganza, pues si al casarse con la infanta Catalina, Carlos II se comprometió á socorrer siempre á Alfonso VI, su cuñado, fué con la condicion expresa de recibir, además de dos millones de cruzados, las dos hermosas posesiones de Tanger en Africa y de Bombay en las Indias. Tales fueron para la Inglaterra los primeros frutos de los desgraciados odios que dividian de nuevo el Portugal y la España; á estas rivalidades y al retraimiento de la Francia, debió la Inglaterra el reinar en breve sobre el Portugal independiente, y por medio del Portugal, sobre la Península entera.

Verdad es que abandonar á los ingleses algunas de las mas hermosas colonias portuguesas, en recompensa de indispensables socorros, no era mas que arrebatárselas de manos de los holandeses. Dueños de las islas Molucas, de las islas Celebes, de Calicut (1658) de Cananor, de Cochín, y de Coulan (1661) los nuevos reyes del Oriente no cesaban de engrandecerse, siendo los ingleses los únicos rivales que pudiesen inspirarles con el tiempo alguna inquietud. Doña Luisa tuvo al menos la satisfaccion de firmar con la Holanda un tratado mas ventajoso, el de 1661, en virtud del cual el Brasil, lo mismo que sus anexos (la Guyena y el Uruguay hasta el rio de la Plata) debian ser completamente evacuados por los holandeses, mediante una suma de ocho millones, pagadera en metálico ó mercancías. La regente merecia por cierto este consuelo en premio de los esfuerzos que le habian impuesto las vicisitudes de los tiempos.

#### Mala educación de Alfonso VI.

Mientras que la regente se mostraba tan digna del trono, el real infante, léjos de aplicarse á los estudios graves que su nacimiento exijia, solo pensaba en correr tras de los placeres, siendo su diversion favorita el juntar en uno de los patios del palacio á un gran número de jóvenes á los cuales dividia en bandos y á quienes hacia combatir con hondas. Cuando fué avanzado en edad, substituyó esta pueril diversion con la caza, la lucha y los desórdenes nocturnos, durante los cuales, rodeado de jóvenes, hijos de las primeras familias de la corte, pero tan disolutos como él, complaciase, como Gaston, hermano de Luis XIII, en insultar á los transeuntes, y hasta en apalearlos. Algunas veces era arrestado, pero se daba á conocer y todo quedaba terminado.

El favorito del príncipe era un negociante genovés, llamado Nicolas Conti, el cual se decia oriundo de una ilustre familia veneciana, y que se habia captado la voluntad y el favor del joven rey por su vergonzosa condescendencia en lisonjear todos sus caprichos. En valde la reina madre daba á su hijo los mas sábios consejos; en valde le encarecia que no se deshonrase con amistad tan indigna; solo logró atraerse el odio de su hijo, mientras que Conti adquiria cada dia en el ánimo de este un ascendiente mas irresistible. ¡En qué manos habia caido el debilitado Portugal!

Doña Luisa, á la que Alfonso VI, mas ocupado de sus placeres que de la ambicion, dejaba aun todo el poder, hubiera hecho traicion á su patria, si hubiese tolerado por mas tiempo la escandalosa fortuna de Conti. Así pues, dió orden para que se le hiciera salir de la corte, y se le embareara en un buque preparado al efecto, conduciéndolo al Brasil, lo que se llevó á cabo á pesar de los gritos con que trataba el favorito de oponerse á aquella violencia, y de las amenazas de Alfonso contra los que le privaban de su amigo.

Castelmelhor causa la caída de la regente (1662).

Apenas Conti habia abandonado el puerto, cuando Alfonso VI le habia ya olvidado; no para seguir los buenos consejos de la regente, sino para depositar su confianza y su afecto en otro cortesano, el conde de Castelmelhor, el cual mas atrevido que su predecesor, no se contentó mucho tiempo con reinar sobre su jóven soberano, sino que quiso gobernar el estado, no cesando de agriar al rey, ya contra doña Luisa, su madre, ya contra don Pedro su hermano. ¡Qué vergüenza para un príncipe mayor de edad, decia el nuevo favorito, verse sujeto á una madre orgullosa, y á un jóven ambicioso que aspira nada menos que á usurparle la corona! Y cuando creyó que sus palabras habian preparado ya á Alfonso para un golpe decisivo, le arrastró al fuerte castillo de Alcántara, desde donde le obligó á anunciar que la regencia habia concluido é iba á empuñar las riendas del Estado. ¡De esta suerte fué recompensada doña Luisa de todos sus afanes! Abandonada de sus cortesanos, humillada por su hijo, entregó sin oposicion el poder que solo habia ejercido para hacer bien; pero á fin de dar á su hijo una última leccion, le hizo observar que tal vez seria mas conveniente tomar posesion del mando supremo en Lisboa, es decir, ante la nacion entera, y no en una fortaleza, de un modo furtivo, como de una cosa á la que no tuviese derecho. D. Alfonso no se atrevió á desobedecer á su madre, y esta al entregarle los sellos, le dijo las siguientes palabras: «Hé aquí los sellos que el rey mi esposo me confió junto con la regencia, tomadlos; quiera el cielo concederos un feliz reinado (23 de julio de 1662)».

Al espresarse así doña Luisa espresaba los nobles sentimientos

de su alma, si bien no se atrevia á esperar el cumplimiento de sus votos, y despues de permanecer algunos dias en palacio, dias que fueron de sufrimiento para la augusta señora, que no podia acostumbrarse á la indiferencia de su hijo, ni á la insolencia del favorito, fué á buscar un asilo en el convento de Agustinas, en el cual murió en 1666, en medio de las mas piadosas prácticas, sin acordarse jamás del poder; pero atormentada con los temores que le inspiraba el porvenir de la nacion portuguesa.

Gobierno de Castelmelhor; habilidad del favorito; paz con Castilla.

Preciso es confesar, sin embargo, que el conde de Castelmelhor era mucho mas digno del favor que se le dispensaba en palacio de lo que creia doña Luisa, pues se sirvió de su posicion, no solo para sostenerse y alejar las rivalidades, si que tambien para vigilar todos los ramos de la administracion pública y asegurar la independencia de Portugal. Al encumbrarse Castelmelhor procuró tambien la elevacion de su país.

Apesar de la inutilidad de los esfuerzos intentados durante veinte y dos años contra la revolucion portuguesa, Felipe IV podia negarse á reconocer la legitimidad de aquella, con tanta mas razon en cuanto la paz de los Pirineos le permitia reunir todas sus fuerzas contra Portugal, coincidiendo tambien á este estado de cosas, la caída de la regente, cuyo acontecimiento parece debia desorganizar la resistencia. Reunió pues Felipe IV un nuevo ejército, el mas poderoso que Castilla hubiese enviado jamás contra Portugal, y confió el mando de él á don Juan, su hijo natural, con orden de marchar contra Lisboa. Todo iba bien para los españoles, y casi podia preverse el dia en que entrarían en la capital, cuando fueron derrotados el dia 8 de junio de 1663, en Ameixial, en las riberas del Degeda. No será ocioso consignar que si el conde de Villañor, mandaba en aquella jornada el ejército portugués, tenia por segundo al ilustre general Schomberg, y que una buena parte de la gloria de esta victoria pertenece de este modo á la Francia; además, Schomberg tenia á sus órdenes á mas de seiscientos oficiales franceses, que se habian alistado al servicio de la corte de Lisboa con el secreto consentimiento de la Francia (1665).

Debilitados los españoles por la pérdida de diez mil hombres